



'Mozart escucha su 'Réquiem' en su lecho de muerte', de Charles Edward Chambers. COLECCIÓN PARTICULAR

encargo es el mismo que se había dirigido a un pueblo llano al que quería ganarse con esa ópera. Si en la carrera de Mozart se puede distinguir entre las obras escritas en busca del éxito y las que concibe para sí mismo (para tocarlas o para su propia satisfacción artística y personal), 'La flauta mágica', con toda su genialidad, pertenece al primer grupo y el 'Réquiem' al segundo.

El 'Réquiem' es dramático y al tiempo está cargado de esperanza. Mozart era católico pese a su pertenencia a la masonería, y transmite un mensaje de espiritualidad y fe. La leyenda dice que trabajó en la obra hasta casi el momento mismo de su muerte. Las escenas de 'Amadeus' en las que un Mozart agonizante no para de dictar su música a un Salieri que apenas tiene tiempo de copiar y que asiste casi con espanto a una muestra semejante de un genio sobrehumano son falsas. Hermosas pero falsas.

Al igual que un puñado de gran-

des obras de la Historia de la Música, el 'Réquiem' quedó inacabado. Como explica Miguel Ángel Marín ('El Réquiem de Mozart. Una historia cultural', Ed. Acantilado), en el manuscrito solo se encuentra la estructura de once de sus catorce movimientos. Ocho de ellos tuvieron que ser orquestados siguiendo la pauta de las anotaciones que había ido haciendo. Tres de los cuatro últimos fueron reconstruidos partiendo literalmente de cero. De hecho, cualquier aficionado atento percibe diferencias en cuanto a la calidad y la inspiración entre los primeros movimientos y los últimos. Pero bastante hicieron quienes aceptaron el enor-

Aunque fruto de un encargo, es una pieza que Mozart escribió para sí mismo y no en busca del éxito

me reto de completar la obra: primero su alumno Eybler y luego un amigo que era casi de la familia, Süssmayr, que fue quien terminó el trabajo. Fue este, que ya había colaborado en algún momento con él, quien ayudó a su maestro a llevar al papel sus ideas cuando ya estaba en el lecho de muerte. Un dictado que se interrumpió un par de días antes del fallecimiento.

El 5 de diciembre de 1791 murió Mozart y entró en el ámbito de la leyenda. En la Historia ya estaba. Con él iba el 'Réquiem', una de las cumbres de la creación artística de todos los tiempos. El genio terminó su carrera componiendo una obra que en no pocas ocasiones pensó que sonaría en su recuerdo, mucho más que en el de la esposa del conde Walsegg. Es una mera especulación pero quizá fue la muerte de su autor lo que impidió que el aristócrata viudo hiciera pasar por suya esta partitura. No sería la primera cuya autoría real ha quedado oculta durante años e incluso siglos.

Víctima de su éxito

Pocas obras clásicas han sufrido tantos usos y adaptaciones como el 'Réquiem' de Mozart. A lo largo de sus 233 años de historia ha sido interpretada con plantillas orquestales muy diversas, cambiando las voces, en formato de cámara, en iglesias y salas de conciertos, en actos civiles y religiosos. Se han cambiado unos instrumentos por otros según la disponibilidad local de intérpretes, se ha adaptado el texto... Y qué decir de su uso en el cine, la televisión y la publicidad: lo

mismo ha aparecido en anuncios de móviles que de papel higiénico. Desde su estreno (la leyenda a la que quedó unido de inmediato ayudó no poco) ha sido en cierta forma víctima de su éxito. Según Miguel Ángel Marín, no puede darse por seguro pero sí es probable que se escuchara en España por primera vez en marzo de 1806, en un concierto en Madrid al que asistió Godoy. Eso revelaría la expectación que suscitaba la partitura. Y así, hasta hoy.